

Poli Délano: cuentos para mirar la vida

RAMÓN DÍAZ ETEROVIC

CULTURA

Los libros de Poli Délano circulaban de mano en mano, y muchos de sus cuentos eran referencias obligadas en los grupos o talleres literarios que reunían a los jóvenes narradores. De esa fecha, aún recuerdo la lectura envolvente que hice de algunos cuentos de Poli — «Uppercaut», «Felices», entre otros de los cuentos que integran la antología que hoy se presenta.

En el año 1984, Poli Délano regresa a Chile. Al conocerlo se produce esa ecuación perfecta que no siempre se da y que hace coincidir la obra de un autor con su propia forma de ser. El dinamismo, la vitalidad, el compromiso y la generosidad de sus personajes no tenían otra raíz que la propia personalidad de Poli Délano, quien, no está de más recordarlo en un país donde hoy se apuesta fuerte al olvido, en algo más de cuarenta años de constante trabajo narrativo ha llegado a convertirse en uno de los nombres claves de la narrativa chilena, con más de treinta publicaciones a su haber, y reconocimientos como el Premio Casa de Las Américas, el Premio Municipal de Santiago y el Premio Nacional del Cuento en México. Sus cuentos han sido traducidos y publicados en numerosas antologías y su labor de monitor de talleres literarios ha motivado a muchos jóvenes escritores, como ocurrió durante su estadía en México, donde —nos consta— se le valora y aprecia como uno de los maestros del cuento latinoamericano.

La presencia de Poli Délano en el Chile de los años ochenta fue un estímulo incuestionable para quienes encendíamos nuestros primeros fuegos literarios. A través de su participación en lecturas públicas, foros, escritura de prólogos, artículos periodísticos, talleres de cuentos, lectura de originales y su paso por la presidencia de la Sociedad de Escritores de Chile fue aglutinando voluntades, reafirmando la necesidad de ampliar ese compromiso ineludible que todo escritor tiene con su obra y con el tiempo histórico que le toca vivir.

El año 1984, fue también el esperado encuentro con un autor al que habíamos seguido desde sus primeros libros de relatos —«Gente Solitaria», «Amaneció Nublado»— pasando por sus primera novela —«Cero a la Izquierda»— hasta sus obras del exilio: «El hombre de la máscara de cuero», «En este lugar sagrado», «El verano del murciélago» y «Piano bar de solitarios». Una narrativa que siempre nos había atraído por su cercanía, por contar historias reconocibles, en las que el amor, la lucha social

y la aventura urbana son sus motivos principales.

Al leer o releer los cuentos contenidos en la antología que hoy presenta el Fondo de Cultura Económica, he recordado una aproximación a su obra que hace el crítico estadounidense John Hassett, y la cual, desde luego, comparto: «El mundo narrativo de Poli Délano —dice Hassett— tiende a girar en torno a los siguientes temas: el azar como una de las fuerzas más poderosas en nuestra vida; la relación, algunas veces graciosa, otras trágicas, pero siempre muy convincente y humana entre el hombre y la mujer; la soledad, cuya presencia en su narrativa alcanzó mayor intensidad durante su exilio de once años; y finalmente, una notable nostalgia del pasado».

Dichos temas se reiteran y recrean desde los primeros cuentos de Poli Délano y alcanzan una profundidad y humanidad notable en novelas como «El hombre de la máscara de cuero» y «Piano Bar de Solitarios», novela ésta última que escribió en México y retrata a una serie de personajes nostálgicos, desarraigados, que se reúnen a compartir sus vidas en un bar, junto a un piano. Novela que destaco, porque representa uno de los puntos altos de la narrativa chilena del exilio.

En esta antología editada por el Fondo de Cultura Económica tenemos la oportunidad de leer algunos de los cuentos ya clásicos de Poli Délano, y apreciar su variedad de registros temáticos y estilísticos en beneficio de contar historias que atrapan a sus lectores y consiguen ese «knocaut» que reclamaba Julio Cortázar para todo buen cuento. Cuentos como «Estribo amargo», donde está el tema del amor juvenil; «Tiburón, tiburón», un cuento mexicano del Poli donde muestra su oído narrativo para apropiarse de un decir extranjero, a la vez que crear un cuento que se sostiene en el suspenso; «Alacrán Negro», que da testimonio de uno de los tantos episodios de la vida andariega de Poli; «Como la hiena» o «La misma esquina del mundo», que reflejan el drama del exilio; o «Adivianzas», un cuento de corte policial, donde se aprecia un contrapunto de narradores para dar vida a una historia intensa, que da cuenta de una veta poco conocida en Chile del trabajo de Poli Délano, dentro de una línea de narrativa policial, en la que también se inserta su novela «Muerte de una ninfómana», publicada en México bajo el seudónimo de Enrico Falcone, y que tengo entendido se editará muy

luego en Chile.

Como dije al comienzo, no es mi intención analizar cada uno de los cuentos de esta nueva antología. Basta el nombre Poli Délano para tener la seguridad de estar frente a un conjunto de cuentos de muy buena ley, ya que para él narrar es siempre contar una historia, recrear sentimientos y hechos donde el hombre común está presente con sus pequeñas luchas cotidianas, sus dudas y certezas.

Su modo de narrar es por lo tanto siempre vital y como ocurre con otros narradores latinoamericanos contemporáneos, en los relatos de Poli Délano hay una aproximación a su entorno desde espacios mínimos e historias marginales que dan un retrato profundo de la vida, a veces con humor, y otras con un agudo realismo. Sus cuentos y novelas muestran a un narrador certero en la construcción de diálogos y personajes, que contribuyen a que sus textos se ganen de inmediato el interés y la complicidad de sus lectores. Como el mismo Poli lo dice en la entrevista que acompaña a sus cuentos: «mi arte se nutre de la calle, de la intrahistoria y de la historia con mayúscula». Y eso hace, a mi juicio, que sus cuentos sean no sólo relatos atractivos, sino que además contengan una reflexión permanente acerca de los valores que dan sentido a la condición humana: el amor, la amistad, la justicia, las luchas sociales.

Los méritos y características de la obra de Poli Délano son de sobra conocidos por quienes tienen una visión atenta de la narrativa chilena. Por eso, más que nada, en esta oportunidad quise expresar mi reconocimiento y admiración por un escritor cuya contribución a nuestra literatura es innegable, y porque su obra y su persona conllevan una enseñanza que pocos escritores en la actualidad saben dar: la literatura es sobre todas las cosas una forma de acercamiento entre los hombres, y el oficio literario, no por ser en esencia solitario, está ajeno a las ideas de amistad, estímulo y solidaridad que deben existir entre quienes lo ejercen. Por ello, nos resulta natural y necesario señalar que Poli Délano es un maestro en el arte de compartir y narrar la vida; y eso es un motivo poderoso para estar aquí, celebrando esta nueva antología de sus cuentos.

Quiero comenzar manifestando mi alegría por estar aquí y participar en este acto donde un nuevo libro de Poli Délano sale a capturar lectores, como en su momento muchos de estos mismos cuentos que presentamos lo hicieron conmigo, veinte o veinticinco años atrás, en un tiempo de sueños y primeros esbozos literarios, al inicio de los años setenta, en una época en que leíamos con interés las obras de una emergente promoción de narradores: los novísimos.

Desde entonces he admirado los cuentos de Poli, y por eso lo que sigue son algunas cosas de las que tal vez nunca hemos conversado con Poli, pero que, de una u otra manera, creo que él sabe. Se trata de hablar de esa común forma o sentimiento de entender la literatura y el oficio de escribir que me une a Poli Délano, a quien, y sin perjuicio del apego que tengo a muchos otros autores, siento como un amigo y maestro en el oficio de escribir historias y tratar de que otros las lean, crean y compartan.

Alguna vez, reseñando las características de la supuesta generación literaria a la que pertenezco —«del Golpe» o «del roneo», como se le ha llamado en diversas oportunidades— mencionaba que ésta se había formado sin maestros inmediatos, por cuanto la mayoría de los narradores que nos antecedían estaban exiliados cuando acometíamos con los primeras narraciones, a los inicios de los años ochenta. Pensándolo mejor, hoy creo que esa afirmación era real a medias. Es cierto que muchos, la mayoría, de los escritores que admirábamos —Délano, Skarmeta, Droguett, Alegría— no estaban en Chile, pero también lo es que los sentíamos cerca a través de la lectura de sus libros.

En esa época, Poli Délano estaba exiliado en México. Pero, sin perjuicio de su ausencia física, Poli Délano estaba a nuestro lado a través de las lecturas de sus cuentos y novelas, y fue significativa su voz en lo que fue nuestro modo de enfrentar la literatura, el oficio de escribir, siguiendo, dentro de lo que la dictadura lo permitía, aquellos cauces de vitalidad y entusiasmo que nos habían marcado los escritores de su generación.